

Murió Ricardo Balbín, presidente de la UCR

BUENOS AIRES, 9 de septiembre (AFP, UPI, AP y EFE).— La muerte del presidente del Comité Nacional de la Unión Cívica Radical (UCR), Ricardo Balbín, ocurrida esta mañana aquí, deja un vacío político difícil de llenar en su partido y obligará al gobierno militar a replantear su estrategia frente a dichos organismos, ya que este dirigente era uno de los artífices del intento de diálogo que se lleva a cabo en Argentina, consideraron observadores políticos en esta ciudad.

Miles de personas desfilaron hoy ante su féretro, instalado en la sede de la UCR en esta ciudad, y junto al cual se colocaron decenas de coronas de flores, entre las que se incluían una de Isabel Perón, una de cada uno de los integrantes de la junta militar, del Partido Comunista y de regionales y direcciones partidarias.

Cuando el presidente, general Roberto Viola, llegó al velatorio, fue abucheado por la mayor parte de los presentes y hostilizado con gritos de "libertad", "democracia", "fuera", "que se vayan" y "el mejor homenaje sería llamar a elecciones". En sus cinco meses y medio de mandato, es la segunda vez que Viola se presenta en público y también la segunda vez que es abucheado.

Balbín, de 77 años, comenzó a actuar en la UCR en 1921, bajo el gobierno del primer presidente radical, Hipólito Yrigoyen, durante sus estudios de abogacía. En las elecciones de 1946, las primeras en que triunfó su eterno rival, Juan Perón, fue elegido diputado por la provincia de

Buenos Aires y se convirtió en uno de los líderes de la oposición.

Desde 1952, año de su primera candidatura a la presidencia, dirigió a la UCR sufriendo, cinco años más tarde, la mayor escisión del partido, encabezada por Arturo Frondizi, quien llegó a la casa de gobierno en 1958 apoyado por peronistas y comunistas, derrotando a Berlín.

Defensor a ultranza de la democracia, Balbín mantuvo durante muchos años un férreo control sobre su partido hasta que las propias contradicciones de su línea dieron nacimiento a corrientes más avanzadas, liberales e izquierdistas. Desde 1978, tras un continuo silencio del líder de la UCR sobre la política económica y social de los militares, la dirección de la organización la ejercían colegiadamente representantes de cuatro tendencias que, en aras de la unidad, optaron por mantenerlo como presidente del Comité Nacional.

Esa dirección fue la que lo desautorizó públicamente el año pasado, a su regreso de España, donde había afirmado

que se debía terminar con el reclamo por los desaparecidos "porque están todos muertos".

Sin embargo, hoy en Buenos Aires nadie teme por la continuidad de la UCR. El problema, estimaron los medios políticos, es para los militares: ¿con quién dialogar ahora para concretar un arreglo? En todo caso, en la "multipartidaria" se notará la ausencia de Balbín, uno de los promotores de que esta "colabore en hallar una salida al proceso" y contrario a la variante de otros partidos de que se transformase "en alternativa frente al poder militar".

En Roma, en tanto, el canciller argentino, Oscar Camilión, dijo hoy que estaba "plenamente satisfecho" de sus entrevistas con Juan Pablo II y con las que realizó con los funcionarios vaticanos que llevan adelante las negociaciones sobre el Canal de Beagle.

Según Camilión, fue ratificada la posición argentina sobre la posición de los islotes y se mostró convencido "de que con paciencia podemos llegar a una solución pacífica del problema".

EL DÍA

Balbín y las Madres Coraje

De la militancia del silencio al silencio militante

por Nicolás DOLJANIN

En Argentina acaba de morir el político más notable de la congénitamente problemática democracia representativa burguesa de ese país.

Ricardo Balbín fue durante toda su trayectoria el prototipo del político profesional, o el profesional de una política en la que la historia se confunde con la metáfora hasta vaciarse de todo contenido: la consigna de su vida fue la vigencia de las instituciones democráticas, pero, cuando el pueblo osó penetrar sin intermediarios en sus ámbitos, el líder radical se alineó con los que solamente hablaban de democracia para negar la vigencia transformadora del accionar de las masas populares. Esto, más allá de sus penúltimas coincidencias con el justicialismo y su postrer iniciativa de convocar la multipartidaria frente al descalabro en que la dictadura de las Fuerzas Armadas sumió al país.

Fuertemente cuestionado en su propio partido, aunque no reemplazado a la cabeza de éste, Balbín fue el puente entre el "diálogo político" regentado por el general Harguindeguy durante el último tramo del videlismo, y la actual multipartidaria.

La coincidencia cívico-militar que ésta busca lleva su sello. Y el de la misma búsqueda por los militares de sumar compromisos que los eximan de rendir cuentas por la ordalía represiva con la que se instituyeron en refundadores de la nación.

A la memoria se presentan tres imágenes del periodo reciente del político argentino que menos veces salió de su país.

Escalando el enrejado de la residencia de Juan Domingo Perón, cuando, en 1972, al ir a entrevistarlo, encontró las puertas bloqueadas por una masa juvenil que decididamente había abandonado el precepto de las condiciones

favorables, proponiéndose crearlas.

La segunda imagen: en el velatorio de Perón, despidiendo con sobriedad y elocuencia a su antiguo adversario, mientras el pacto social que ambos se comprometieron a sostener, hacía aguas en las fábricas y las calles, y se comenzaba a impulsar desde el aparato gubernamental el terrorismo de Estado que pesa hoy sobre aquel pueblo conosureño. Estas dos son imágenes de cuando el anciano líder radical volvió a una popularidad que no conocía desde sus épocas de parlamentario opositor a los dos primeros gobiernos peronistas.

Luego del golpe militar del 24 de marzo de 1976, hizo silencio como la mayoría de los políticos profesionales, temerosos algunos, cómplices otros, y todos sin saber qué decirle "al país", porque su país no podía enfrentar a las botas, y al pueblo tenía ya demasiado poco que decirle.

Por último, quedará su imagen descargando responsabilidades del régimen militar sobre la suerte de los detenidos-desaparecidos, luego de que, en privado, hablara reiteradas veces a los familiares de la necesidad de un Nüremberg para Viola y Videla.

"Señor Balbín, nunca más polemizaremos con usted, se acabaron las palabras. De ahora en adelante sólo resta el silencio para con usted", le respondieron las Madres de Plaza de Mayo.

Fue su sepultura política. El volvió a los despachos del general Harguindeguy. Elías siguieron con su diaria demostración de que la política, todavía y más que nunca, debe ser una militancia en Argentina, y no una profesión.

Silencio fue también lo que le deparó habitualmente el pueblo argentino, que tampoco necesitó estigmatizarlo como su enemigo y aprovechó su muerte para abuchear al presidente designado Roberto Viola.